

EL ESTUDIANTE DE CATALÁN

ANTONIO MARÍA FLÓREZ

Médico y escritor

I UN VIAJE

En julio de 2006 me instalé en Cataluña, venido de Colombia, por razones familiares y laborales, por no ahondar en otras causas ciertas que no vienen al caso. A los pocos días de estar allí, le escribí una larga carta a mi amigo y colega Octavio Escobar, reconocido escritor colombiano autor de: *Saide, Después y antes de Dios, Destinos intermedios, Chéjov mentía y Cada oscura tumba*). En ella le daba cuenta de algunos avatares de mi viaje y de mis primeras impresiones sobre Barcelona y las intenciones que me movían a radicarme allí como médico y escritor. Esto me servirá para después confrontarlo con lo que allí viví y lo que ahora pienso, muchos años después de haber migrado, a mediados de 2010, por razones afectivas y de trabajo a Extremadura, mi tierra natal. Y a esa carta la titulé, simbólicamente “*Viatge a Itaca*”:

“De jovencito, cuando vivía en España, y antes de irme de nuevo a Colombia luego de la muerte de mi padre, conocí a un cantante catalán, tan o más importante que Joan Manuel Serrat (al menos así pensaba yo entonces), que me gustaba muchísimo por la particularidad de su voz melancólica, su compromiso social, la fuerza dramática de sus canciones y la reciedumbre de sus actitudes vitales. Su nombre era Lluís Llach y se le consideraba como uno de los baluartes de la “nova cançó”, junto a Raimon, Guillermina Motta, María del Mar Bonet, Marina Rossell, Pi de la Serra, Ovidi Montllor, entre

otros artistas, que pusieron de presente la lengua y las ideas catalanistas en la música de su tiempo y que se enfrentaron de alguna manera a la dictadura franquista languideciente y que se habían hecho merecedores de mi simpatía.

Llach editó por aquella época un disco titulado “Viatge a Itaca”, cuyas canciones me aprendí de memoria y canté con fervor libertario, tal como lo hacían otros miles de jóvenes peninsulares en la época de la naciente Transición que nos hubo de llevar a la democracia después de la muerte del dictador. “Viatge a Itaca” es un poema épico basado en unos textos de Kavafis, matizados por un poeta de la “Renaissance”, Carles Riba, y musicalizados magistralmente por Llach. Narra la historia de unos guerreros fieles a su pueblo que se hacían a la mar en pos de una lejana tierra llamada Itaca, la mítica Itaca griega, donde sus sueños de un mundo de justicia y paz se deberían concretar, tal como lo anhelábamos buena parte de los jóvenes de la España postfranquista y transicional”.

Me preciaba por aquel entonces de estar al día también en la música rock de aquella región. Pau Riba (el nieto del reconocido humanista y filólogo catalán Carles Riba), era uno de mis preferidos por su disco *Electròccid àccid alquimístic xoc* en el que estaba incluida una canción con un fragmento que de jovencito yo cantaba machaconamente a toda hora a mi amiga la escritora Marochi Vicente Olivás: “*María, ves-te comprar un gelat*”. La Compañía Elèctrica Dharma y Jaume Sisa eran algunos de estos intérpretes de mi gusto. Pero también estaba al día en otras artes y en literatura, por supuesto, tanto la escrita en catalán como en español. José Agustín Goytisolo, Pere Gimferrer, Salvador Espriu, Juan Marsé o Juan Goytisolo, por mencionar solo algunos. Igualmente estaba atento a lo que hacían allí otros autores de otros países o regiones, como García Márquez, José Donoso o Vargas Llosa (no en vano en Barcelona estaba lo más relevante de la industria editorial española que había acogido con generosidad a los escritores del Boom hispanoamericano cincuenta años antes).

Y seguía mi carta: “*Hoy, cuando he llegado a Barcelona, procedente de Colombia, y me he instalado en el hotel que será mi residencia durante las próximas semanas, he sabido que su nombre es Itaca, casualmente, como la ciudad griega que cantaba Lluís Llach: “Bon viatge pels guerrers, que al seu poble son fidels...”*. Y me he preguntado, ¿será este viaje no sólo la evocación si no también la premonición de aquél otro de los guerreros kavafianos? No lo sé, porque apenas ahora llego a esta ciudad plagada de incógnitas y desconcertantes oportunidades, pero el paisaje y las premoniciones me hablan de una tierra que pudiera ser el de la concreción de aquellos sueños inciertos de vivir en paz en una patria mejor”.

Y dado que en el viaje y en Barcelona me había topado con muchos colombianos (se hablaba de que había ochenta mil radicados sólo en aquella provincia en ese momento), terminaba mi carta comentándole a Octavio Escobar sobre una profesional que viajó a mi lado desde Bogotá; contándome que había emigrado hacía años a España porque se había quedado sin trabajo en la Universidad del Valle de Cali; laborando al principio como cuidadora de niños y en lo que resultara. Tiempo después conoció a un ejecutivo de una empresa de gestión inmobiliaria con el cual se casó, viviendo en ese momento estupendamente, según me confesaba muy satisfecha. Se sentía totalmente integrada culturalmente y estudiaba “*catalá*” en un instituto oficial porque quería asumir a ple-

nitud el proceso de inmersión lingüística. Algo que podría sucederme a mí también como mecanismo integrador. Y terminaba diciéndole a mi amigo: “*Ahora entiendo la dimensión de la emigración de colombianos a este país y todo el drama del desplazamiento y la falta de oportunidades laborales en Colombia... Tal vez España se ha convertido ahora en la Itaca soñada de todos los colombianos, incluso de mí, híbrido hispano-colombiano, pseudo emigrante afectivo y eterno soñador de sueños imposibles*”.

II SABER CATALÁN

Curiosamente no me exigieron saber catalán para trabajar. Hacían falta médicos y daba igual que lo supieras o no; tanto en la privada como con el *Institut Català de la Salut* sólo importaba que fueras médico y te desempeñaras como tal. Practicismo absoluto. No me quejo del trato recibido en general por la gente de la tierra. Poco a poco me fui introduciendo en los círculos intelectuales de Hospitalet, Cornellá y Barcelona. La Bóbila, el Tecla Sala, la Central, la Casa del Llibre, Casa Amèrica de Catalunya fueron lugares a los que acudí con frecuencia para asistir a actos culturales y a buscar libros. Ya más asentado en el lugar y viendo que mi estadía allí iba para largo, decidí entrar a estudiar catalán, como un acto de cortesía con las gentes de aquel lugar que lo hablaban y para disfrutar mucho más de mis lecturas en esa lengua, tal como lo hice con el portugués cuando viví en Brasil a finales de los ochenta. Me matriculé en la sede que tenía el *Consorci per a la Normalització Lingüística* (CPNL) en el Instituto Torras i Bages en el barrio Can Serra de L’Hospitalet.

En el primer curso elemental nos inscribimos alumnos de una veintena de países y algún que otro catalán adulto que había decidido profundizar en el estudio de un idioma que no era su lengua materna a pesar de haber nacido allí. Me llamó poderosamente la atención lo ideologizados que estaban los profesores y la cantidad de alumnos que desertaron del curso. El primero de ellos nos preguntó al empezar las razones que nos habían impulsado a estudiar esta lengua. La gran mayoría daba como razón la necesidad que tenía de saberla para poder trabajar o presentarse a unas oposiciones. Yo le dije que había entrado a estudiarla porque “*me daba la gana*” y que quería aprenderla porque sí y sobre todo para leer textos literarios o científicos de cierta complejidad en esa lengua. Le llamó mucho la atención mi respuesta y entendió que no se encontraba ante un alumno al uso en aquellos centros para formación de adultos (extranjeros y con escasa formación académica). Aquel chico, muy serio y dedicado a su labor docente, aprovechaba para ir ganando adeptos a su causa por la vía de la tergiversación histórica y de señalar a Cataluña como una región maltratada de alguna manera por España. Más de una vez le pedí mesura y respeto al auditorio al tocar temas políticos que no eran pertinentes en aquel espacio o lo confronté con algunos temas que eran bastante sensibles para mí. Por ejemplo, el hecho de que a mi lengua la llamen castellana en lugar de española; la presunta invasión o conquista de los Reyes Católicos de Cataluña, su victimismo por el apoyo a los Austria en lugar de a los Borbón cuando el conflicto suscitado a principios del siglo XVIII en pos de la Corona española; o la insistencia en mostrar diferencias

con el resto de España en asuntos que no me parecían a mí que fueran tan marcados o peculiares; aquello que algunos llamaban *el hecho diferencial*. Por esos días había leído yo un artículo en la prensa, cuyo autor se me escapa en este momento, en el cual éste señalaba la utilización de la lengua en Cataluña como instrumento “seleccionador” o “limitador” del acceso al poder y al trabajo. Lo mejor sólo para los catalanes de pro o los conquistados para la causa.

III LA ACADEMIA

Esto que voy a mencionar es un asunto muy personal y que tal vez tenga que ver con mi condición de extremeño de nacimiento y colombiano de adopción y nacionalidad. Si tú me pides, le decía a aquel profesor, que a tu lengua la nomine *catalana* porque así la nombras y así sea por consenso y geografía; yo te pido que a la mía la nombres *española* porque así es desde hace mucho tiempo y no *castellana* (con toda la carga semántica e ideológica que allí se le da de “equiparación” territorial) porque esa lengua, la de Castilla, hace siglos que no existe. Irónicamente yo les decía a él y a otras personas presentes: “Llevo mucho tiempo buscando la sede de la Academia castellana de la lengua y no la encuentro por ninguna parte, y mira que la he buscado en Salamanca, Valladolid, Sevilla, Cáceres y Madrid, pero nada, no existe ni aquí ni allá; de hecho, no ha existido nunca; sin embargo, lo que sí existe es la REAL ACADEMIA (ESPAÑOLA) DE LA LENGUA, fundada en 1713 por Juan Manuel Fernández Pacheco, y siendo aprobada por Cédula Real de Felipe V el 3 de octubre de 1714, es decir, ¡hace trescientos años ya! Y no tiene nada que ver con la Guerra de Sucesión ni con la dictadura franquista”. Entendía y entiendo que aquella lengua romance que se hablaba en Castilla dejó de existir en el siglo XVI, una vez creado el Reino de España al casarse Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, al incorporarse a ella infinitud de vocablos procedentes del árabe, del judeo peninsular, del galaico-portugués, de los dialectos vascos, del catalán, y especialmente de las lenguas indígenas de América y el archipiélago filipino. Así pues, llamar a la lengua que yo hablo castellano, significa desconocer toda la riqueza idiomática que tiene el español y el aporte sustancial que a ella han hecho otras regiones y continentes, especialmente la inmensa América que la ha enriquecido con miles de vocablos y giros expresivos (canoa, huracán, jaguar, ceiba, cocuyo, colibrí, caimán, tiburón, tabaco, etcétera).

Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón se casaron el 3 de octubre de 1469. Ella asumió el trono de Castilla en 1474, y se reafirmó en él después de ganar la Guerra de Sucesión en 1479, año en el que Fernando heredó de su padre Juan II de Aragón, este reino que ya era dueño de Cataluña y del condado de Barcelona desde mucho antes. Las coronas de Castilla y Aragón se unieron por la Concordia de Segovia en 1475, ratificada en la Concordia de Calatayud en 1480. Por tanto, Castilla asumió Cataluña no por ninguna guerra de invasión si no por un acuerdo matrimonial entre Isabel y Fernando. Y esto, que uno lo sabía con más o menos claridad desde sus años de colegial, se lo tuvo que decir a su profesor de catalán más de una vez para que no insistiera en “inocular”

a sus alumnos una verdad ahistórica que tergiversaba a su antojo (o porque tal vez así se lo enseñaron) y que servía para justificar algunas de las reivindicaciones usadas en el argumentario de los independentistas. Los temas de la cultura y de la lengua ya estaban por aquel entonces en manos de la dirigencia y la militancia de Esquerra Republicana, que gobernaban en la autonomía, vía tripartito, con el PSC de Montilla. Tenían muy claro qué era lo que querían y adónde iban, como lo estamos comprobando en la actualidad. Muchos hechos históricos son “interpretables” o discutibles, por supuesto, pero hay ciertas realidades que tienen poca discusión. El exterminio judío por los nazis es un hecho sobradamente probado como lo es el abuso de poder en beneficio propio de los Pujol en Cataluña desde los años ochenta del siglo pasado. Es evidente que en la Guerra de Sucesión al trono de España ocurrida entre 1701 y 1713 al desconocer los Austria el testamento de Carlos III en favor de su primo borbónico Felipe de Anjou, Cataluña optó, según sus intereses, por apoyar la línea que finalmente resultó perdedora, es decir la de los Austria, a pesar de su tenaz oposición y la heroica resistencia de Barcelona, que finalmente cayó en manos del duque de Berwick el día 11 de septiembre de 1714, reconociendo con el armisticio, la condición de Felipe V como rey de España. Una derrota que es celebrada como si fuese una victoria. Este apoyo a los Austria de Cataluña, supuso que más tarde Felipe expidiese un *Decreto de Nueva Planta*, en 1716, que recortaba algunos fueros y privilegios para este principado, como retaliación a su apoyo a sus enemigos en la Guerra de Sucesión por el trono. No fue otra la cosa, no señor. Para uno que es de fuera, y para muchos que no tuvieron nada que ver con aquello, resulta bastante incómodo que traten de imbuirle en la cabeza algo como un “problema” cuando en realidad no lo es, o a lo sumo lo fue para la burguesía catalana que lo padeció y para los nacionalistas que se formaron a la luz de las ideas románticas un siglo después de haber acontecido los sucesos reclamados como afrenta a todo un pueblo, cuando en realidad no fue del todo así, porque en la Cataluña de aquel entonces no todos fueron seguidores de los Austria, que también hubo muchos seguidores de los Borbón que lograron pingües beneficios con el acceso de Felipe V a la corona española, en detrimento de sus otros paisanos derrotados en la contienda.

IV ACTIVIDADES

La verdad es que conforme pasaba el tiempo de mi estada en Cataluña, me sentía más a gusto e integrado, tanto en lo laboral como en lo cultural e, incluso, en lo personal y afectivo. Iba haciendo “amigos” catalanes, a pesar de su cerrazón sabida y de lo poco dados a abrir las puertas de sus casas como sí ocurre con generosidad en Colombia. No obstante, me acerqué a muchas más personas de otras regiones allí asentadas (andaluces, murcianos, almerienses) y de otras nacionalidades (ecuatorianos, bolivianos, brasileños), que daban la impresión de ser más numerosos que los nativos; al menos así era en Barcelona, donde los catalanes de pro, “de sangre diferente”, con muchos apellidos autóctonos y propios de aquellas tierras, estaban en franca minoría, frente estos ciudadanos, eso sin contar los de procedencia africana, especialmente marroquíes y subsaharauis

Participé e impulsé muchas actividades de todo tipo a fuer de mi condición de extremeño y de colombiano, indistintamente. Con los escritores Álex Chico y Efi Cubero en *Els dilluns de la Cigale*; con ellos dos y otros más en largas jornadas de confraternización en La Comella, en Tarragona, con el escultor Rufino Mesa. Y con ellos mismos y Montse Lavado en la Universidad de Barcelona en el homenaje a José María Valverde, o en alguna que otra cena literaria con la familia de José Agustín Goytisolo y Carmen Riera. También con Arturo Bolaños, Anabel Torres, Cristina Osorno, Rosario Vázquez, Ricardo Cano Gaviria, Martha Cecilia Cedeño, Juan Pablo Roa, en diversas actividades organizadas por la embajada de Colombia o Casa Amèrica de Catalunya. No puede uno olvidar tampoco dos eventos especialmente significativos y mediáticos como fueron *Miradas: Arte y violencia en Colombia*, organizado con la Universidad de Barcelona y el *Encuentro de escritores colombianos en Cataluña* impulsado por la Fundación Santillana y Babelia, celebrado en Casa Amèrica donde confraternizamos con algunos creadores colombianos asentados en Cataluña como Ricardo Cano Gaviria, Juan Gabriel Vásquez, Ángela Becerra o Luis Noriega. Y sintiéndome a gusto, había algo que me hacía sentir incómodo cada vez más. Casualmente coincidió con la naciente crisis económica que explotó en 2007-8. De una parte, la crispación política instalada en todo el país, pero especialmente manifestada en Barcelona y sus aledaños, vía nacionalismo recalcitrante o independentismo fanatizado. Era ya muy evidente para mí la colonización de los medios de comunicación por parte de ellos y la intención de ir afirmando un discurso único impositivo. Y además, tenían en sus manos la cultura y la educación, lo único que les importaba coyunturalmente del poder, dado su propósito de “formar” nuevas conciencias a favor de sus tesis políticas y sociológicas. Aquello de “España nos roba” tan tópico iba ganando peso en la conciencia colectiva y “No nos dejan ser lo que somos porque nos quieren constreñir nuestra lengua y nuestra cultura”, iba siendo cada vez más comidilla corriente en los bares y tertulias. “Somos diferentes”, “muy distintos”, le oía a algunos en los medios o personalmente. Y los escuchaba y los miraba con detenimiento, y por más atento o intenso que lo hiciera no veía que fuera tan honda y marcada la diferencia.

V DIFERENCIAS

Estaba yo en un nivel relativamente superior de mis estudios de catalán, no sé si en el B2 o en el B3. Es decir, que ya tenía yo un cierto dominio de la lengua. Debíamos elegir un libro de lectura y a partir de él hacer una exposición hablada en clase. Elegí uno de Martí de Riquer titulado “Llegendes històriques catalanes”. Me interesaba conocer algunos elementos de su pasado medieval para entender parte de su sentir y pensar y de los elementos diferenciadores con el resto de las regiones de España para que pudiéramos hablar de una “nación” según el concepto herderiano de ella, como un sentimiento de pertenencia a un pueblo, con una lengua y una cultura propias, producto de una historia común. Pero leyendo las historias ahí narradas sobre “Les quatre barres”, L'engendrament del rei Jaume”, “El drac de Sant Celoni” o “Galcerán de Pinós”, en lugar

de encontrar hechos diferenciadores, instintivamente pensaba en todo lo contrario, en los asuntos hermanadores o las tradiciones comunes, especialmente con mi natal Extremadura, que no lo olvidemos le ha aportado a esa región cerca de medio millón de habitantes en los últimos cincuenta años, especialmente trabajadores que se asentaron en el Cinturón industrial de Barcelona y han contribuido sustancialmente al progreso económico de aquella región.

Cataluña se ufana de su pasado romano: Tarraco, Ampuries, Barcina, Égara, Ilerda, Baetulo (la Hispania Citerior), de haber adoptado el sistema fiscal y administrativo del Imperio, de haberse integrado al mercado comercial del *Mare Nostrum*, adoptando un mismo sistema de pesas y medidas y una única moneda de pago, de haber asimilado su cultura y su religión (los calendarios, los panteones de dioses, los hábitos funerarios) y especialmente adoptando una lengua, el latín, que integró todo su territorio. Lo mismo que pasó en el Levante y la actual Andalucía. Y también en Extremadura (La Lusitania de la Hispania Ulterior). A cualquier lado que mires de la Península encuentras huellas importantes de Roma, particularmente en Extremadura: Emérita Augusta con su teatro, anfiteatro, acueducto, puente, arco de Trajano y templo de Diana..., Metellinum, con su teatro magnífico; Zalamea de la Serena con su Dystillo; Don Benito con la Majona, por mencionar sólo algunos de los lugares emblemáticos de esta región que hablan de la importancia de la presencia romana aquí, al igual que en Cataluña y otras regiones de España. Ciertamente es que la presencia romana fue más importante en el sur que en Cataluña, pero hasta allí también llegaron los musulmanes, como lo prueban por ejemplo el “Libre de Sent Soví” o el “Libre del coch” recetas medievales de comidas muy especiadas con clara influencia árabe como el pollo relleno de ciruelas pasas y almendras. El “pá amb tomaca” más moderno, que se basa en el pan con aceite y tomate que ya consumían los extremeños en el siglo XVI en el monasterio de Guadalupe, por cierto, uno de los primeros lugares de la Península donde se cultivó esta hortaliza traída de América. Honestamente, veo más diferencias entre un *guajiro*, un *ñero*, un *paisa*, un *valluno*, un *rolo*, un *cundiboyacense*, un *pastuso*, que entre un natural de Cataluña y otras regiones de España, tal como se lo comentaba recientemente a la escritora colombiana Martha Cecilia Cedeño en una carta que le dirigí tocando el tema catalán a raíz de una visita suya al país en junio de 2014, donde le recordaba que la famosa leyenda del Sant Jordi, vinculada desde los años veinte del siglo pasado a la celebración del Día del Libro el 23 de abril, está basada en una antigua leyenda mesopotámica que luego pasó por Grecia y Roma y, en el Medioevo, se usó en la Europa mediterránea, adaptándola según las circunstancias y necesidades de sus relatores. San Jorge es el patrón de Bulgaria, Etiopía, Inglaterra, Portugal, pero, además, en España lo es de ciudades como Cáceres, Alcoy y Madrigueras.

VI AFINIDADES

Pues bien, llegado el momento de la exposición, hablé de un par de historias del libro que me habían gustado particularmente (La concepción del rey Jaime es un relato

contado con mucha soltura, es fresco y tiene gracia) y, como conclusión, hice una reflexión sobre ese montón de asuntos que nos hermanan a los catalanes y a los habitantes de otras regiones de España y comenté que muchas de esas leyendas catalanas presentadas como particulares e identitarias, en realidad provenían de tradiciones mesopotámicas o mediterráneas más antiguas, como en concreto pasaba con la de Sant Jordi que, además, curiosamente era el patrono de la ciudad extremeña de Cáceres. Reflexión que no le gustó mucho a mi profesora, desconcertó a algunos de los alumnos presentes y a mi me alegró la noche.

Previo a mi ingreso al nivel C de los estudios de catalán, ocurrió que se me acabó el trabajo en Cataluña, en buena medida como un efecto colateral de la crisis y me radiqué de nuevo en Extremadura (corría julio de 2010). Yo me sentía ya bastante integrado en aquella región, me reafirmaba en mi gusto por la cultura catalana, muy rica en ciertos aspectos independientemente de la lengua o el medio en que se expresara; pero cada vez me disgustaba más el ruido que hacían los nacionalistas recalcitrantes y los independentistas soberbios, ese quejido lastimero sobre temas relacionados con la lengua, la educación, la cultura, la economía, haciendo cierto aquel adagio antiguo de que el que no llora no mama. Tiene uno la impresión de que esta estrategia les ha servido siempre para conseguir prebendas y ventajas que de otra manera tal vez no conseguirían en un estado de verdad igualitario. Y la crisis conllevó el fracaso de muchas empresas y un desempleo galopante que llegó hasta cifras inauditas que no fueron capaces de yugular ni la dirigencia nacional ni autonómica, más preocupada por otros asuntos, ajenos a la resolución cierta de la crisis económica y laboral. Esa Itaca que yo soñaba radicada en un lugar incierto de Cataluña ya no iba a ser ni para mi, ni para muchos colombianos ni para otro montón de emigrantes de diversas regiones y nacionalidades que desafortunadamente debieron regresarse a sus lugares de origen o buscarse nuevos destinos para seguir soñando con un mejor futuro:

“Més lluny, heu d'anar més lluny/ dels arbres caiguts que ara us empresonen... Més lluny, sempre aneu més lluny,/ més lluny de l'avui que ara us encadena...més lluny del demà que ara ja sàcosta./ I quan cregueu que arribeu, sapigueu trobar noves sendes”.

Hoy, unos cuantos años después de aquello, cuando Cataluña se encuentra en una encrucijada bastante peligrosa, por la ineptitud del Gobierno Central para resolver adecuadamente el asunto de su “encaje” con el resto de España en el marco de la Constitución; pero sobre todo por la imprudencia primero de Mas al jugar con el fuego de la doble moral del nacionalismo/independentismo, del sí pero no, del quiero y no puedo pero debo porque si no pierdo el poder, de sus afanes megalomaniacos, de sus errores de cálculo electoralista, del embrollo en el que se metió al secundar el órdago independentista propuesto por Esquerra Republicana, por la convocatoria de un referendo ilegal para auscultar el derecho a decidir sobre la unidad de todo un cuerpo efectuada por un solo brazo de ese ente, por la aventura suicida del “*Procés*” emprendida por Puigdemont y Oriol Junqueras declarando la independencia, así fuera por unos breves segundos; la huida cobarde del país del primero y algunos de sus consejeros; las subsecuentes revueltas callejeras y la judicialización del asunto; pero sobre todo por la desatención de los partidos gobernantes en la autonomía de

los verdaderos problemas que aquejan a ese territorio, sobre todo los de índole social, sanitario y económico, que son descomunales y no se solucionarán, en mi modesta opinión, con un “*catalexit*” ni la independencia.

VII ÉTICA

Y si aquello no hubiera sido poco, vino el señor Pujol, el ex “*moltonorapla*”, con su confesión obligada (los lobos ya le respiraban en el cuello desde hacía tiempo) de que no había podido regularizar en Hacienda, por falta de tiempo, una pretendida herencia familiar depositada en Andorra y de la cual no tenía conocimiento su hermana y que él ignoraba cómo había sido administrada, increíblemente, por un abogado de su confianza y por uno de sus hijos. Eso sin contar que cada vez iba siendo más evidente que era verdad aquello del famoso tres por ciento de “mordida” por cada contrato otorgado por la *Generalitat* que denunciaran en su momento en el Parlament los “enemigos de Cataluña” y que él contestó, de forma similar a como lo hizo en la Plaza de Sant Jaume cuando el escándalo de Banca Catalana; Cataluña es una nación, es un pueblo y “*con un pueblo no se juega. A partir de ahora, cuando alguien hable de ética y de moral, hablaremos nosotros*”. Y hablaron, pero mejor que se hubieran quedado callados para siempre. Ahora resulta, y esa es la lectura que hace mucha gente de fuera, que los deseos de secesión iban más bien ligados con los deseos de continuar expoliando las arcas públicas sin control y para poder regularizar y repatriar las inmensas fortunas defraudadas por la alta dirigencia convergida y unida durante sus largos años de mandato cuasi dictatorial en Cataluña.

En aquella carta mencionada que le escribí a la escritora colombiana Martha Cecilia Cedeño, quien residió durante bastantes años en L'Hospitalet, le decía lo siguiente: “*Interesante tu reflexión sobre Cataluña a raíz de lo de Pujol. Mucha gente se está repensando Cataluña en función de este escándalo que sí que va a cambiar la política española en los próximos meses. Eso de España nos roba y por eso queremos la independencia que cantaleteaban algunos dirigentes de CIU; a esto otro de Pujol nos robaba y nosotros con los ojos cerrados y la boca callada, se está convirtiendo en un discurso paralelo que pondrá en su sitio a mucho ingenuo despistado de aquellos territorios... Hay una expresión que usas en tu carta que no comparto; "si la gente de allí quiere tener independencia... pues que luche por ello". Yo creo que debiera usarse más bien algo así como: "si alguna gente de allí quiere o quisiera independencia que la luche, pero que respete también la voluntad de los que no la quieren..." , pero no aplicarla a todo el mundo porque no es adecuada ni se atiene a la realidad palpable. Yo viví allí bastante tiempo, lo sabes, y era de allí mientras viví allí, y yo no quería independencia, como tampoco la quería una gran mayoría de la gente que vivía a mi alrededor, más allá de su lugar de "nacimiento". Y me refiero no sólo a los que votan y sí a los que efectivamente allí moran y tienen o tendrían derecho a pronunciarse. Los casi dos millones de extranjeros que viven en Cataluña (ecuatorianos, bolivianos, colombianos, marroquíes, rumanos), ¿tú crees que quieren la independencia? “El millón de extremeños, levantinos y andaluces que allí viven ¿te parece que anhelan la independencia? Ahora que está tan de moda por aquí lo de “los ochos apellidos vascos”, si hacemos ese ejercicio en Cataluña, sólo*

con cuatro, verás con sorpresa de dónde es la gran mayoría de la gente". Por otra parte, las razones de los agravios históricos y las diferencias étnico-culturales, sobre los cuales ya me pronuncié, me parecen tan traídas de los cabellos, que una persona medianamente formada no debiera tragar tan fácilmente.

Admiro y quiero Cataluña, la Cataluña culta, emprendedora, acogedora, la Cataluña multirracial que respeta al visitante y sus costumbres y no impone las suyas con voluntad castrante, la Cataluña amable que conocí ajena a los círculos de poder interesado y expoliante, la Cataluña que habla indistintamente en español y catalán, la Cataluña real, la de todos los días en el bar Zandunga de Can Serra o en el parque de Les Planes adyacente y no la lastimera y mediática construida interesadamente desde TV3. Admiro la obra de Joan Margarit, de Rosa Lentini, Francesc Rodrigo, Núria Martínez, Juan Vico, la música de Albert Plá, Els Pets, Antònia Font, Feliú Ventura y de muchos otros artistas que la hacen grande y así la mantendrán. La independencia de Cataluña no será la solución a sus problemas de corrupción y desencaje político-administrativo. Y no puedo menos que estar de acuerdo con el escritor Javier Cercas, extremeño y catalán sin fisuras pero que no traga entero, que hace algún tiempo decía: *"A estas alturas el independentismo, que intentó meritoriamente presentarse como un proyecto racional, ya es solo un acto de fe (como enamorarse o creer en las brujas...), y quien no es capaz de compartir la fe o ponerla en duda, como Raimon, se convierte en un hereje, o lo que es peor, en un nacionalista español"*, que seguramente hubiera sido en lo que me hubiera convertido si hubiera seguido viviendo en Cataluña, un incómodo defensor del dos unidos y en armonía somos más que unos divergidos y enfrentados y que más vale el diálogo sensato que el gruñir ingrato.

"I malgrat llur vell combat/ l'amor ompli el seu cos generós,/ trobin els camins del vells anheles/ plens de ventures, plens de conaixences".